

ZOCOS, 24

MEMORIA DE BIARRITZ

© Fotografías y textos, Fernando Castillo Cáceres

© Confluencias, 2022

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125334-08

Depósito legal: AL. 986-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FERNANDO CASTILLO

MEMORIA

DE

BIARRITZ



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*Para Lolita Alonso de Nora y de Lis,
Paco López Tejero,
Loli López y Alonso de Nora y
Lourdes López y Alonso de Nora,
ocasionales biarrots.*

ÍNDICE

I.	Unas cuantas tarjetas postales	11
II.	Biarritz antes de ser Biarritz	21
III.	De Ville Eugenia al Hôtel du Palais	35
IV.	El mundo de Miremont	43
V.	Unos cuantos rusos: del veraneo al exilio	61
VI.	Un personaje de novela: Bolo Pachá	73
VII.	La Mimoseiraie o Villa Vanguardia	83
VIII.	Picasso, Olga y el faro	93
IX.	Un marqués ilustrado y elegante	103
X.	Los años locos de Villa Belza	111
XI.	La escritora ucraniana y el extraño millonario	127
XII.	Milonga triste de los treinta	159

XIII.	El Colmar español	171
XIV.	Una ciudad <i>déco</i>	181
XV.	Espionaje con <i>chantilly</i>	193
XVI.	El largo verano de los refugiados	209
XVII.	Biarritz <i>oku</i>	219
XVIII.	Liberación-Depuración	237
XIX.	Del año cero al surf	245
XX.	Una lista de sombras	257
XXI.	El Biarritz del plomo	263
XXII.	Itinerario sentimental	279
XXIII.	Nostalgia final	289

I
UNAS CUANTAS
TARJETAS POSTALES

Desde que era pequeño, muchos años antes de que conociese la ciudad, no solo escuché con alguna frecuencia el nombre de Biarritz, sino que también supe cómo eran sus calles y pude imaginarme cómo era su mundo. En las conversaciones entre mi abuela y mis dos tías en la casa de la Plaza de Oriente, de vez en cuando surgía el nombre de la ciudad francesa, aunque tan relacionado con San Sebastián que se diría era un barrio más o una parte de su extrarradio. A veces se recordaban anécdotas y episodios del viaje realizado a Biarritz por mis bisabuelos antes de la Gran Guerra, cuando aún existía esa Europa tan diferente como próxima, en la que se podía

viajar sin pasaporte ni visados. En esa casa, en la que parecía que se había detenido el mundo *Belle Époque*, precisamente tan biarrot, se hablaba de la Gran Vía, del entorno galdosiano del barrio, de las iglesias de Santiago, San Ginés o de la Encarnación, de Palacio y de los Jardines de Sabatini y, poco, de lo padecido durante la Guerra Civil, incluido el obús, como decían, que cayó en un balcón contiguo. Pero también se recordaban, como si hubiera tenido lugar el fin de semana anterior, los paseos que sus padres y tíos dieron por la Grande Plage, por la plaza de Sainte Eugenie, donde creo que se hospedaron mis familiares, y sobre todo por la Rocher de la Vierge, la inevitable Roca de la Virgen, destino de los turistas más respetables.

Es este un lugar de Biarritz que parece atraer especialmente a los viajeros bien pensantes que Ortega y Gasset, según nos dice en *El Espectador*, concretamente en «Notas del vago estío» (*Obras completas*, Volumen II, Madrid, 1963), consideraba artificial, aunque también podría haber añadido que resulta algo cursi. El paseo hacia mar adentro por la pasarela y el túnel atrae a quienes, además de devotos, la fuerza de los elementos les parece siempre

algo sobrenatural y tienen voluntad de sobrecogimiento. Una corriente de visitantes que no cesa desde que, a principios del siglo pasado, se realizaron los trabajos del ayuntamiento para el establecimiento de un paseo que rematase el Boulevard des Tamaris y sirviera de distracción para los cada vez más frecuentes turistas. Y es que en Biarritz todo ha sido preparado para el sosiego y el disfrute, tan refinado como discreto, del que acudía a pasar unos días o para quedarse, que de todo había. Tanto es así que hasta la Naturaleza que origina el paisaje se adaptó al placer de la contemplación, creando rocas donde no había o quitándolas donde molestaban. Unos retoques que no se le escaparon a Ortega, viajero ocasional en los años locos de la década de los veinte. De hecho, se diría que en Biarritz nada sugiere los inconvenientes de la Naturaleza o de la vida, pues en esta ciudad, durante mucho tiempo, los robos eran pérdidas, descuidos, las agresiones, en realidad, desafortunadas caídas accidentales, y las enfermedades, unos malestares pasajeros que curaban una dieta basada en té y *babá au rhum* en Miremont, completada con alguna *flûte* de *champagne*, blanco o rosé, pero de

buena *millésime*, en cualquier hotel o bar como el Royalty o el Bar Basque. Una vocación de mundanidad que recogió con su gracia, hoy algo olvidada, Wenceslao Fernández Flórez en un pequeño relato biarrot, *El ladrón de glándulas* (Madrid, 1929). En la Rocher de la Vierge, todo, desde la forma de las rocas a la pequeña imagen que la remata, tiene algo de merengue playero, de pastelería *kitsch*, a la que el tiempo sin embargo no consigue patinar. Misteriosamente, y a pesar del inevitable carácter pasado de moda, el conjunto que forma con el magnífico edificio del Museo del Mar —el apogeo *art déco* de la ciudad junto con el Casino Municipal y el Hôtel Plaza—, que desde 1933 domina con su arquitectura la explanada de la Atalaya, núcleo original de la villa, se podría considerar armónico, bien avenido, aunque no descarto que esta opinión no sea más que un espejismo propio de un entregado biarrot de adopción.

En esa casa de techos enormes frente al Teatro Real en la que olía al pasado, para un niño lo más atractivo eran los armarios, las cómodas y bargueños, en cuyos cajones aparecían cajas de cartón, hechas en el siglo anterior y atadas con cintas descoloridas, que guardaban fotografías,

cartas y postales de viajes realizados en unos años ya olvidados. Entre ellas estaban las que forman la serie *Biarritz pittoresque*, distinta de aquella otra, menos documental, titulada *Biarritz artistique* que, como dos turistas más, Maye y Antonio compraron en Biarritz, seguramente en el llamado Pavillion de la Carte Postale, un modesto kiosco situado entonces al comienzo de la Grande Plage. Unas postales que más de medio siglo después naturalmente acabaron en mis manos, y que, en un blanco y negro evocador, muestran el panorama casi inalterado del lugar y de la época. Son las inevitables vistas de la Grande Plage, del Hôtel du Palais, de los almacenes Biarritz Bonheur, en la Place de la Liberté, que luego sería la Place Clemenceau, a la que darían los balcones de la casa donde cincuenta años más tarde pasaría las vacaciones, las vistas de la Place de Sainte Eugénie, de la Rocher de la Vierge, del comienzo de la entrada de la Avenida de Eduardo VII, del Casino Bellevue, del Port des Pêcheurs, de la Rue Mazagran y sus tiendas entonces de lujo, del faro de Pointe Saint-Martin que poco después pintaría Picasso, de los acantilados de la Côte des Basques, de la inquietante Villa Belza... En fin, las imágenes

habituales de los cuadernillos dedicados al Biarritz más tónico y también por eso más representativo, que se vendían como *souvenir* en las tiendas de una ciudad ya entregada a su condición de estación balnearia y de baños, que es mucho más que un lugar de veraneo. La compra de esas postales revela inevitablemente una selección, una preferencia hacia unos lugares y hacia unas vistas de la ciudad por parte de quien las escoge. Unas compras que no solo sirven para incentivar el recuerdo, que se supone, como dice Pere Gimferrer, será dulce y especiado, sino también para mostrar donde se ha estado. Un acto social que tiene tanto de información como, muy especialmente, de presunción, de proclama de lo que se conoce, de adonde se ha viajado.

De estas fotografías de los más destacados lugares de Biarritz, reproducidas con la más primitiva fototipia, se desprende el aire de decadencia que, antes de que apareciera, ya estaba latente en una villa de vida original. En todas ellas se observa la intensidad de la actividad social, el bienestar que predomina como muestra que a los pocos personajes que se distinguen, en su mayoría lo que se conocía

como *les élégants*, se les ve sonreír, ignorantes de lo que le aguardaba a Europa en poco tiempo. En 1914, unos años después del viaje de Maye y Antonio, soplaría por el continente un viento de violencia que traería los primeros síntomas del fin del Biarritz más dorado. Un periodo que no es casual coincide con el de una Europa en la que, a pesar de los problemas de la nueva sociedad industrial, parecía convivir con las contradicciones de lo que ya empezaba a ser la vida moderna.

Dicho esto, a quien haya leído *Jarrapellejos*, la novela extremeña y rural de Felipe Trigo, publicada en año tan señalado como 1914, no le extrañará mi asombro al comprobar las coincidencias entre el viaje al Biarritz anterior a la Gran Guerra de mis bisabuelos con el realizado por el anciano conde de la Cruz de San Fernando, su joven esposa, la atractiva Ernesta, y quien sería su amante, Octavio, un joven con vocación de perdis pero sin la maldad y el recorrido del golfo de capital. En *Jarrapellejos* estos personajes recorren en los mismos años los mismos lugares en que estuvieron mis bisabuelos, y todos ellos –al igual que su creador Felipe Trigo y Maye y

Antonio— coinciden en considerar a la ciudad un referente de mundanidad, de cosmopolitismo, de lujo y elegancia, que contrastaba con el Madrid anterior a la Gran Vía y con el literario pero muy real pueblo de La Joya imaginado por Trigo y situado en la Extremadura más profunda. Todos ellos contraponen San Sebastián con Biarritz, aunque seguro a mi biempensante familia no les disgustase esa mojigatería de la ciudad vasca a la que alude Felipe Trigo, pues en La Concha, al contrario que en la Grande Plage, en el Port Vieux o en la Côte des Basques, no se usaba el atrevido *maillot* para, como se decía entonces, tomar los baños de mar.

Pero la coincidencia va más allá de los lugares y la época, pues el Octavio de *Jarrapellejos*, al igual que hicieron mis bisabuelos con sus familiares de Madrid, envía a sus conocidos de La Joya tres postales de la serie *Biarritz pittoresque*, lo que concede a las tarjetas un protagonismo literario más que discreto, que perdura en el tiempo. Las postales escogidas por Felipe Trigo para que las mande uno de sus personajes son las más previsibles, en concreto las que muestran la Grande Plage y el

melancólico Boulevard des Tamaris que lleva a la inevitable Rocher de la Vierge. Un recuerdo que Octavio dirige a las representantes de la buena sociedad de La Joya con la intención de proclamar su cosmopolitismo y desatar la envidia y admiración de quienes soñaban con viajar y salir de un pueblo que se sabe asfixiante para quienes aspiraban a romper algunas de las convenciones de la España de la Restauración. Algo menos literarios, aunque también tenían su historia, Maye y Antonio regresaron, como Ernesta y el conde de la Cruz de San Fernando, entregados al mundo biarrot, a una villa en la que paseando por la Grande Plage te podías cruzar con Eduardo VII y su médico, con Alfonso XIII acompañado por dos o tres grandes de España, con la reina Nathalie de Serbia, una de las varias reinas locales, con unos cuantos lores ingleses y condes franceses, con un puñado de grandes duques y duquesas de todas las Rusias o con cualquier otro miembro del Gold Gotha, millonarios sudamericanos incluidos. Todos unos representantes del más selecto mundo *Belle Époque* que no iba a sobrevivir al atentado de Sarajevo. Desde entonces aquellas postales

de *Biarritz pittoresque* y el tomo de tapas rojas de la baedeker *Le Sud-Ouest de la France*, con anotaciones a lápiz en algunos de los estrechos márgenes, me estuvieron esperando. Se diría que sabían que siete décadas después mi vida estaría unida a Biarritz para siempre.